

—De qué proviene tu contento?—preguntóle Olenín—te alegrarías si hubieran matado á tu hermano?

El cosaco contemplóle sonriendo. Pareció haber comprendido todo lo que Olenín quería decirle, pero dió también á entender que estaba libre de preocupaciones, diciendo:

—Y qué? Es que no asesinan también á los nuestros?



XXII

Lukachka y Olenín se hacen amigos

EL jefe de la *sotnia* y el de los cosacos partieron, y Olenín, por dar gusto á Luka y por no atravesar la selva oscura y solitaria pidió permiso al *uriadnik* para llevarse á aquél. Obtenida la autorización pensó que Luka se alegraría de ver á Marianka y él mismo se regocijaba de ir acompañado por un cosaco tan comunicativo y alegre. Llevando en la imaginación á la joven y á Luka pensaba con deleite en ellos. «Está enamorado de Marianka y yo también podría estarlo», decía. Y un sentimiento desconocido de ternura se apoderó repentinamente de su sér mientras se encaminaban á la casa atravesando la oscura selva. Luka también sentía inundarse su alma de gozo. Algo parecido al amor palpitaba en estos jóvenes tan diferentes. Cada vez que cruzaban sus miradas se sentían alegres.

—Por qué puerta entras?—preguntó Olenín.

—Por la puerta del medio, pero yo os conduciré hasta el estanque, allá abajo, y ya no tendréis nada que temer.

Olenín sonrió.

—Acaso tengo miedo? Vete y gracias. Ya llegaré solo.

—Eso no. Y qué? Cómo no tener miedo? Si nosotros mismos

lo tenemos,—dijo Luka sonriendo por no herir el amor propio de su acompañante.

—Ven á mi casa. Descansaremos y tomaremos una copita y mañana temprano te irás.

—Teméis acaso que no encuentre dónde pasar la noche?—contestó Luka.—El *uriadnik* me mandó volver.

—Anoche te oí cantar... y después... te ví...

—Como todos,—repuso Lukachka moviendo la cabeza.

—Es verdad que te vas á casar?—interrogó Olenín.

—Mi madre quiere que lo haga; pero todavía no tengo caballo, y como no sé dónde hallarlo... ahí está explicado el por qué de no casarme.

—Cuánto cuesta un caballo?

—El otro día estuve en tratos para uno al otro lado del río, un buen caballo nogai, pero no pedían menos de sesenta monedas por él.

—Vendrías á mi casa de ordenanza?—dijo de pronto Olenín.—Tengo dos caballos y no los necesito.

—Cómo que no los necesitáis?—dijo riendo Luka.—Queréis hacerme un regalo?... Dios me ayudará y ganaré dinero.

—Quieres ó no quieres ser mi ordenanza?—preguntó Olenín satisfecho de la ocasión que le permitía regalar un caballo á Luka. Sin embargo, se sentía cohibido sin saber por qué y no hallaba qué decir.

Lukachka fué el primero en romper el silencio.

—Qué?—exclamó.—Tiene usted casa propia en Rusia?

Olenín no pudo resistir al deseo de contarle que no tenía sólo una, sino varias.

—Una buena casa, más grande que las nuestras?—preguntóle nuevamente Lukachka.

—Mucho más grande, diez veces mayor,—contestóle Olenín.

—Y tenéis caballos como aquí los tenemos?

—Tengo más de ciento, y cada uno de ellos vale tres ó cuatrocientos rublos. Pero no son como los vuestros, aunque yo prefiero los caballos de aquí.

—Entonces, habéis venido por vuestro gusto?—preguntó Luka irónicamente.—Que equivocáis el camino!—prosiguió enseñándole el sendero.—Es necesario tomar á la derecha.

—He venido por gusto á hacer una expedición y á conocer vuestro país,—respondió Olenín.

—Ah! Si yo hiciera una buena campaña,—dijo Luka, escuchando con atención.—Es el chacal que ahulla.

—Pero, no tienes remordimiento por haber matado á un hombre?

—Por qué? Ah! Con que gozo iría á la guerra. Lo deseo tanto...—repetía Luka.

—Puede ser que vayamos juntos. Mi compañía marchará antes de las fiestas y vuestra *sotnia* también.

—Vaya un capricho habéis tenido de venir aquí! Tenéis casa, caballos, siervos. Yo me divertiría de firme. Qué empleo es el vuestro?

—Alférez, pero estoy propuesto para el ascenso.

—En vuestro lugar, con la vida que podéis daros, rodeado de comodidades, yo no saldría de casa, no iría á ninguna parte. Es tan bueno vivir tranquilo! Se pasa bien la vida en vuestro país?

—Sí, muy bien.

Ya era la noche bien entrada cuando llegaron á la *stanitza*. El viento agitaba con fuerza los árboles. Los chacales parecían estar junto á ellos ahullando, llorando y riendo. En la *stanitza* se oía la conversación de las mujeres y el ladrido de los perros; se percibían claramente los perfiles de las cabañas y sus luces, y sentíase el característico y penetrante olor del *kisak* (1).

A Olenín se le figuró aquella noche estar en su casa; que en la *stanitza* existía su felicidad, su familia y que en ningún sitio se había sentido tan feliz como en ese. Aquella noche amaba á todo el mundo y singularmente á Luka! En llegando á casa, Olenín se hizo traer su caballo, no el que montaba siempre, sino otro que compró en Grosnoia, un potro excelente, y, con gran asombro de Luka, se lo regaló.

—Por qué me hacéis este regalo?—preguntó.—Todavía no lo he merecido por nada!

—Es verdad; pero tómallo,—respondió Olenín.—Ya me darás tú algo. Iremos juntos á la guerra.

Luka estaba confuso.

—No sé qué pueda yo dar. El caballo cuesta tan caro...

—Tómallo... si no me ofenderías; Vanucha, dale el caballo.

Luka lo cogió de la brida.

—Pues bien, os lo agradezco mucho. Quién hubiera pensado esto! Jamás me lo hubiera figurado.

Olenín se sentía tan satisfecho y alegre como un niño.

—Atalo aquí; es un animal magnífico y trota admirablemente, lo he comprado en Grosnoia. Vanucha, tráenos vino! Entremos en la cabaña.

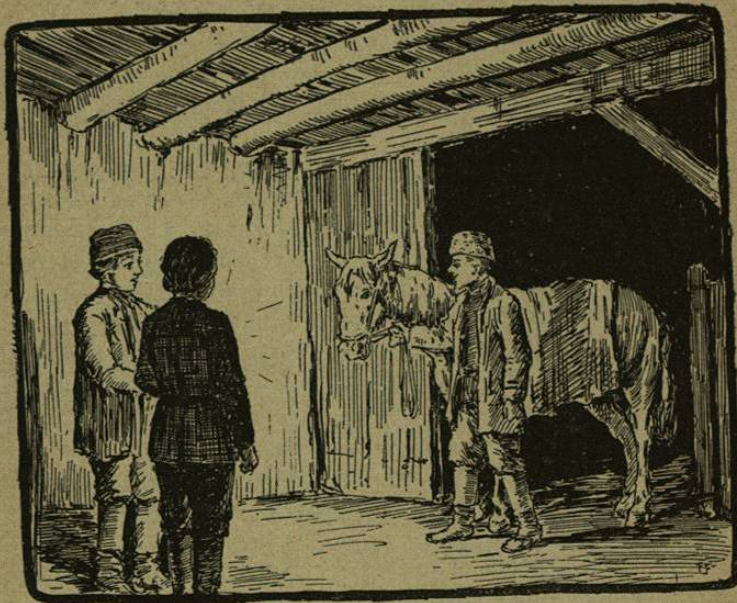
(1) Estiérco! de ganado cabrío y lanar.

El vino fué servido y Luka se sentó y tomó una copa.

—Dios me dará la ocasión de recompensarte esto,—dijo bebiendo.—Cómo te llamas?

—Dmitri Andréitch.

—Pues bien, Dmitri Andreitch, Dios te guarde. Seremos amigos. Ahora vamos á mi casa. No somos ricos, pero nunca nos falta



con qué obsequiar al amigo. Diré á mi madre que te traiga uvas, queso ó lo que desees y si tienes necesidad de algo, ahí me tienes; en el cordón estaré á tu servicio; iremos de caza, donde quieras te llevaré. Qué jabalí maté el otro día! Qué lástima! Lo repartí entre los cósaos. A saber esto te hubiera reservado un buen trozo.

—Bueno, gracias; sólo te recomiendo que no enganches el caballo, pues no es animal de tiro.

—Cómo, enganchar el caballo!... Ah!—continuó Luka bajando la voz,—tengo un amigo, Guirei-Khan, que me ha invitado á ir á las montañas. Quieres que vayamos juntos? No te haré nunca traición, seré tu guardián más fiel.

—Bueno, iremos juntos.

Luka estaba tranquilo, comprendiendo quizás la verdadera naturaleza de sus relaciones con Olenín. Su calma y la familiaridad de sus maneras chocaban mucho á éste. Hablaron largo tiempo y era ya muy tarde, cuando Luka, levantándose y estrechando la mano de Olenín, se retiró.

Olenín miró por la ventana para ver lo que aquél hacía. Luka con la cabeza baja se acercó lentamente hacia donde estaba el caballo, lo sacó fuera, sacudió con energía la cabeza y saltó sobre la grupa con la agilidad de un gato, profiriendo ciertos gritos, y se lanzó á rienda suelta á lo largo del camino.

Olenín creyó que iría á participar á Marianka la buena nueva, y aunque Luka no hizo tal cosa, se sintió tan dichoso como jamás se hubiese sentido. En su alegría verdaderamente infantil, no pudo por menos de referir á Vanucha el regalo del caballo que había hecho á Luka y el por qué de tal regalo, así como toda su nueva teoría acerca de la felicidad, la cual no aprobó Vanucha, quien dijo que el dinero lo hace todo y lo demás es tontería.

Luka llegó á su casa, bajóse del caballo y entregándoselo á su madre le encargó que lo enviara á pastar con los demás ganados, pues él tenía que volver aquella misma noche al puesto. La muda se hizo cargo del bruto y por señas le manifestó que ella se prostraría ante quien le había dado el corcel. La vieja movió desconfiadamente la cabeza al escuchar el relato de su hijo, y por su mente cruzó la idea de que Luka lo había robado, afirmándole más en este pensamiento el encargo de conducir el animal al pastoreo antes de amanecer.

Luka se volvió al puesto reflexionando sobre el acto de Olenín. A su juicio el caballo no era de valor, costaría á lo sumo cuarenta rublos y esto le hacía estar contento. No sentía el menor reconocimiento, por cuanto él no podía figurarse á qué obedecía tal obsequio.

Al contrario, en su cerebro germinaban mil dudas sobre el proceder del alférez. No sabía darse cuenta clara de ellas rechazando, empero, la hipótesis de que un desconocido le diera un caballo de cuarenta rublos sin otro motivo que una generosidad verdaderamente pródiga. Si hubiese estado beodo fuera todavía comprensible. Pero sin haber bebido... seguramente quería algo con no buenas intenciones. «Sin embargo, estoy prevenido y ya veremos»—dijo Luka sospechando en Olenín aviesos procederes.

Por de pronto á nadie dijo que le habían regalado un caballo, á unos les dijo haberlo comprado, á otros les contestaba vagamente. Esto no obstante, hizo de modo que la verdad se supiera.

Marianka, Ilía Vasilievitch, la madre de Luka y todo el mundo estaban sorprendidos, sin saber qué pensar, experimentando cierto recelo, al propio tiempo que gran respeto por la sencillez y aun más por la riqueza de Olenín.

—Sabes que el oficial que está en casa de Ilía,—decían algunos—ha regalado un caballo de cincuenta rublos á Luka? Es riquísimo!

—Lo he oído decir,—añadía otro con aire suspicaz.—Le habrá prestado algún servicio sin duda. Ya veremos lo que de ahí sale.

—Este oficial es el demonio. Algún malvado!...—añadía un tercero.—Con tal que no ponga fuego á la *stanitza*!



XXIII

Olenín y el príncipe Bielesky

LA vida de Olenín se deslizaba regular y monótona. Tenía poca relación con compañeros y jefes, así es que su situación en el Cáucaso era bastante agradable. Ni en trabajos ni en vigilancia se le empleaba. Después de la campaña fué propuesto para oficial, é interin se le dejaba tranquilo. Los oficiales le consideraban como aristócrata y le trataban con deferencia. Las partidas de juego y las orgías de los oficiales, en las que durante la campaña había intervenido, no le atraían, así es que no tomaba parte en la vida que los oficiales hacían en la *stanitza*. Esta vida de los oficiales en la *stanitza* tiene un carácter propio. Todo alférez ú oficial en las fortalezas bebe regularmente *porter*, juega á los naipes y calcula las recompensas por campaña; en la *stanitza* bebe vino con el dueño, obsequia á las muchachas con bombones y miel, hace el amor á las cosacas y algunas veces suele encontrar esposa.

Olenín seguía viviendo á su modo, tenía instintivo horror á la vida licenciosa seguida por casi todos los oficiales del Cáucaso.

Sin serle molesto, se acostumbró á levantarse con el alba. Tomaba el té, admiraba desde la galería las montañas, la salida del sol y Marianka, y poniéndose un traje ya usado de piel de búfalo, sus *porehni*, el cuchillo de monte en la cintura, el fusil, una pequeña bolsa con tabaco y fiambre, llamaba á su perro y á las seis de la mañana se internaba en la selva.

A las siete de la tarde volvía cansado y hambriento con cinco ó seis faisanes en el morral ú otra clase de caza, volviendo intactos el tabaco y alimento.

Si las ideas en su cerebro se contasen como los pitillos en el saco, hubiérase observado que durante catorce horas no había tenido una idea nueva. Volvía á la casa moralmente tranquilo y en absoluto satisfecho y feliz, sin poder decir qué había pensado en todo este tiempo.

Ni recuerdos, ni ideas, ni meditaciones tenía, sino fragmentos de todo esto reunido... Preguntábase en qué pensaba, y se encontraba convertido en cosaco que trabaja en el huerto con su mujer, ó cual un abrek en las montañas, jabalí que huye de sí mismo. Siempre con el oído atento, la mirada fija esperando al ciervo, al jabalí ó al faisán.

Por la tarde en su casa le acompañaba Erochka. Vanucha les traía vino y hablando sosegadamente, mientras bebían, llegaba la hora de ir á dormir separándose los dos tan satisfechos.

Al otro día, otra vez de caza, la fatiga saludable, la velada bebiendo con el veterano cosaco y la completa é interior satisfacción. Miraba á Marianka y le parecía amarla como se ama la belleza del cielo ó de las montañas, sin pensar siquiera en otra clase de relaciones con ella. Le parecía que entre ella y él no podían existir las relaciones que entre ella y Lukachka, ni menos las que son posibles entre un oficial rico y las muchachas cosacas.

Le parecía que haciendo lo que sus camaradas cambiaría sus contemplativos goces por una vida de desencanto y remordimiento.

Con esta mujer había realizado Olenín un acto de sacrificio, que tuvo su recompensa en la alegría sentida, principalmente; Marianka le inspiraba respeto y por nada se decidía á dirigirle frases amorosas, abusando de su situación.

Un día, durante el verano, Olenín no había salido de caza y se estaba en casa, cuando de pronto entró uno de sus amigos de Moscova, un joven á quien conoció en sociedad.

—Ah querido! Que alegría al saber que estabais aquí,—exclamó en francés-moscovita, mezclando palabras rusas y francesas.—Oigo hablar de Olenín y ya me siento feliz. He aquí cómo la suerte nos ha reunido. Y bien, cómo estáis?—Y el príncipe Bielesky contó su historia, su vida. Provisionalmente estaría en ese regimiento; el general en jefe le nombraba para ser su ayudante; después de la campaña reuniríase con su familia, bien que todo esto no le preocupaba mucho.

—Y al venir aquí, á este rincón, es necesario hacer carrera,

alcanzar un grado, una recompensa... pasar á la guardia. Todo esto es preciso, sino por mí, por mis padres, por los conocidos. El príncipe me ha recibido muy bien, es un distinguido caballero, —decía Bielesky sin detenerse en su narración para respirar siquiera.—Estoy propuesto para la cruz de Santa Ana y me quedaré aquí hasta nueva orden. Aquí se está bien. Qué mujeres! Conque, que tal os va por aquí? Startov, bien le conocéis, nuestro capitán, tan bueno como bestia, me ha contado que vivís como un salvaje, sin ver casi á nadie. Comprendo que no os familiaricéis con los oficiales de la localidad, pero nosotros nos veremos. Me alojo en casa del *uriadnik*. Qué muchacha hay allí! Os juro que es una preciosidad Ustenka.

Y esto dicho en forma que parecía un flujo de palabras, un eco del mundo, de la sociedad que Olenín creía abandonada para siempre. La opinión general, el decir de las gentes, consideraba á Bielesky muy atrayente. Podía serlo, pero á pesar de su rostro alegre y simpático á Olenín le pareció antipático, desagradable. Respiraba la atmósfera, el aire social de que él quería huir.

Lo que más le fastidiaba era no tener valor para rechazar á tal hombre, como si el medio ambiente en que había vivido, la sociedad de la cual procedía, tuviera incontestables derechos sobre él. Estaba disgustado contra Bielesky, contra sí mismo, y á pesar de esto, de un modo involuntario, introducía frases francesas en su conversación, interesándose por el general en jefe y sus amigos de Moscova. Sin embargo, en la *stanitza* y entre sí hablaban en francés, con sorpresa y asombro de los cosacos, y se mostraba muy amigo de Bielesky invitándole á su mesa y prometiendo ir á verle á su casa, en la que sin embargo no ponía jamás los pies. Vanucha le consideraba como á un cumplido caballero.

Bielesky adoptó el género de vida de los oficiales ricos del Cáucaso en la *stanitza*; á los ojos de Olenín pareció como si toda su vida hubiera estado en la *stanitza*. Convidaba á los viejos, se pasaba las veladas con las jóvenes cosacas y organizaba fiestas, vanagloriándose de sus victorias con las mujeres jóvenes que, sin saber por qué, le llamaban el *abuelo de los cosacos*. Estos encontraban natural que fuera amante del vino y de las mujeres y le prefirieron á Olenín, que para ellos constituía un enigma.



XXIV

La hermosa Marianka

ERAN las cinco de la mañana. En el cobertizo Vanucha calentaba el *samovar*. Olenín, que se había querido dar el placer de bañar á su caballo, había partido para el Terek.

El dueño permanecía en la cocina, por cuya chimenea desprendíase espesa y negra columna de humo del fuego encendido en el hogar. La muchacha ordeñaba en el establo á la búfala.—No puede estarse quieta la maldita!—decía con impaciencia, mientras se oía el acompasado ruido de la leche al caer.

En la calle, cerca de la casa, se oyó el pisar de un caballo. Era Olenín montado sobre el suyo, el tordo, húmedo todavía, que se aproximaba al portalón.

La linda cabeza de Marianka cubierta con un pañuelo rojo se adelantó á mirar, retirándola enseguida.

Olenín con camisa de seda encarnada, chaqueta blanca de cosaco, como una especie de túnica, ceñida por el cinturón con el puñal, sosteniendo el fusil, manteníase con cierta elegancia á caballo, inclinándose para abrir la puerta cochera.

Llevaba un gran gorro de piel que dejaba ver parte de sus cabellos todavía mojados. Su vista resplandecía de juventud y fortaleza. Era hermoso, bien formado y parecido á un abrek; así él lo creía al menos, pero estaba equivocado, pues al ojo práctico de todo

caucasiano aparecía el soldado ruso. Al percibir la cabeza curiosa de la muchacha, se bajó un poco, empujó la verja de la puerta cochera soltando las bridas y, haciendo restallar su fusta, entró en el corral.

—Está presto el té, Vanucha?—gritó alegremente sin mirar al establo. Sentía con satisfacción como su caballo, piafando impaciente, coceaba dispuesto á saltar la cerca, é hízole avanzar al paso sobre el enarenado suelo del corral.

—Ya está!—respondió Vanucha. Y le pareció á Olenín que el bello rostro de Marianka le miraba todavía desde el establo, pero él no se atrevía á mirarla; bajó del caballo, colgó su fusil en los pies derechos del cobertizo, y haciendo un movimiento mal disimulado se volvió hacia el establo en el que no vió á nadie y donde sólo se escuchaba el uniforme ruido de la leche al caer.

Entró en la casa, pero salió inmediatamente al cobertizo con su pipa y un libro, para tomar la taza de té, yendo á sentarse donde todavía no daban los oblicuos rayos del naciente sol.

Pensaba no ir á parte alguna, estarse en casa con intención de escribir algunas cartas que debía haber escrito hacía tiempo. No tenía el menor deseo de abandonar su sitio en el cobertizo y no quería entrar en la cabaña, que le hacía ó producía el efecto de una prisión.

La *casera* encendía sus hornillos, la muchacha sacó el ganado á pastar, volviendo luego para amontonar el estiércol junto á la cerca.

Olenín leía, sin darse cuenta de lo que estaba escrito en el libro abierto ante sus ojos. Sin cesar contemplaba á la muchacha. Esta, ora penetraba en la sombra producida por el sol al bañar con sus matutinos rayos la casa, ora salía al centro del corral bañado por los alegres resplandores de la luz matutina, con su talle esbelto y vestida de colores brillantes, destacándose en el suelo la sombra de su gentil cuerpo, del que Olenín no quería perder uno solo de sus movimientos, sintiendo verdadero goce al verla inclinar su talle con gracia y soltura. La camisa color rosa, que era todo su vestido, ceñía bien los hombros y al incorporarse se dibujaban los contornos del seno y la torneada pierna. Sus pies pequeños, calzados con viejas zapatillas rojas, posábanse en el suelo sin deformarse; sus brazos musculosos y fuertes movían la pala con soltura y sus bellísimos ojos negros lanzaban destellos de luz de tiempo en tiempo, expresando el placer de verse admirada y la convicción firme de su belleza.

—Estáis levantado desde hace mucho?—dijo Bielesky vestido

con uniforme de oficial del Cáucaso entrando en el corral y dirigiéndose á Olenín.

—Ah! Bielesky,—contestó Olenín dándole la mano.—Cómo habéis madrugado tanto?

—Qué hacer? Me han echado. En mi casa hay baile hoy. Marianka, vendrás á casa de Ustenka?—preguntó á la joven.

Olenín mostrábase sorprendido de que Bielesky hablara tan familiarmente con la muchacha. Marianka aparentó no oír, bajó



la cabeza, se echó la pala á la espalda y con actitud varonil y arrogante entró en la cabaña.

—Se ha avergonzado la pobre chica,—dijo Bielesky cuando hubo desaparecido, y corriendo penetró en el cobertizo.

—Cómo? Un baile en casa! Y os han echado?

—Hay baile en casa de mi patrona Ustenka y á él quedáis invitado. Mejor dicho es una reunión de muchachas. Habrá tortas...

—Pero, nosotros qué haremos allí?

Bielesky sonrió con malicia, guiñó el ojo é hizo una seña hacia la cocina por donde había desaparecido Marianka.

Olenín se encogió de hombros ruborizándose.

—Verdaderamente sois un hombre extraño.—dijo el oficial.

Olenín se puso serio.

Bielesky lo notó y sonrió de una manera insinuante.

—Pero, cómo! Os excusáis?—dijo.—Vivís en su misma casa, y es una muchacha tan bonita, una verdadera belleza...

—Oh! sí, maravillosa, encantadora. Nunca he visto otra que se le parezca,—contestó Olenín.

—Entonces, qué tendría de particular?—preguntó Bielesky sin comprender la turbación de su amigo.

—Podrá ser extraño,—replicó Olenín—pero, por qué no decirlo? Desde que vivo aquí, las mujeres no existen para mí y me encuentro tan bien! os lo aseguro. Además, qué puede haber de común entre esas mujeres y nosotros? Con Erochka, ya es otra cosa, tenemos de común una pasión favorita: la caza.

—Ah! Qué hay de común entre esas mujeres y nosotros? Y qué existe de común entre una Amalia Ivanovna y yo? (1). Pues es lo mismo. Si me dijerais que esas mujeres son sucias, convendríamos en ello; pero, en la guerra como en la guerra.

—Ni conozco á ninguna Amalia Ivanovna, ni jamás he querido tener relaciones con ellas,—dijo Olenín;—no se puede sentir estimación por aquellas mujeres, mientras que á éstas yo las respeto y admiro.

—Respetadlas. Quién os lo prohíbe?

Olenín no respondió. Deseaba terminar la conversación, que le contrariaba demasiado.

—Ya sé que soy una excepción,—dijo visiblemente confuso;—pero está establecida mi existencia de tal suerte que no puedo cambiarla. Y otra vez repito que no podría vivir aquí tan dichoso como soy, si siguiera la vida que vos hacéis. Busco otra cosa. Exijo de las mujeres algo más que vos.

Bielesky, con expresión de desconfianza, frunció las cejas.

—Sin embargo, venid á mi casa esta noche. Marianka también estará allí. Os haré ser amigos, conocerse. Yo os lo ruego. Si os aburrís, os marcháis. Vendréis?

—Vendré, pero en verdad, temo conducirme con demasiada seriedad.

—Bah! Bah! El caso es que vengáis,—exclamó Bielesky,—y estad tranquilo. Vendréis? Palabra de honor.

(1) Nombre con que se designan en Rusia las mujeres galantes de origen alemán.

—Vendré, pero, ciertamente no comprendo el papel que haremos allí.

—Os suplico que vengáis.

—Bueno, bien. Podría ser,—dijo Olenín.

—Con mujeres tan hermosas vivís hecho un monje? Hay que aprovechar lo bueno que se nos presenta y no enterrarnos en vida. Sabéis ya que nuestra compañía va á Vandvijensky?

—No lo creo. Se me ha dicho que es la octava la que va.

—No; he recibido una carta del ayudante del príncipe y me dice que éste hará la campaña. Me agrada que nos volvamos á ver. Yo ya principiaba á aburrirme aquí.

—Se dice que pronto haremos también una expedición.

—No he oído hablar de ello. Pero se cuenta que Kritnovitzin ha recibido la cruz de Santa Ana por la última expedición y que esperaba ser ascendido á teniente; pero se engañó,—dijo riendo Bielesky.—Ha ido al Estado Mayor.

Era casi de noche cuando Olenín se acordó de la fiesta. Le inquietaba la invitación, quería aceptarla, pero se sentía temeroso y sobresaltado de lo que pudiese ocurrir allá.

No había de encontrar cosacos, ni mujeres de edad, sino solamente jóvenes. Qué ocurriría? Cómo conducirse? Qué decir? Qué relaciones podía haber entre aquellas muchachas cosacas incultas y él? Bielesky hablaba de relaciones extrañas... y, sin embargo, castas. Pensaba que no sería difícil encontrarse allí en la misma habitación con Marianka y quizá obligado á hablarla, aunque esto le parecía imposible cuando recordaba su aire majestuoso. Bielesky aseguraba que nada había más sencillo... Cómo se conduciría con Marianka?

«Sería interesante,—pensaba—pero más vale no ir allí». Y la cuestión le inquietaba, preguntándose qué pasaría. Sin haber resuelto nada marchó hacia el alojamiento de Bielesky y entró en él.

La cabaña que éste habitaba parecía á la de Olenín. Se elevaba sobre pies derechos á dos *archivas* del suelo y tenía dos cuartos.

El primero, á donde Olenín penetró después de subir una empinada escalerilla, estaba guarnecido con tapices, divanes de pluma, cortinas puestas al estilo cosaco con cierto gusto artístico, una cerca de otra sobre la pared.

En los muros se veían colgados platos de cobre y armas. Sobre un banco había también una bata de seda.

En la segunda habitación había una chimenea grande, bancos é imágenes venerandas. Este era el cuarto de Bielesky; una cama

de campaña, armas, objetos de tocador, y algunos retratos colocados sobre la mesa y con cierta confusión se veían esparcidos por todo el cuarto. El mismo Bielesky tan presumido, hallábase en camisa sobre el lecho leyendo los *Tres Mosqueteros*.

Se levantó al ver á Olenín y exclamó:

—Ved cómo estoy instalado. No es verdad que está delicioso?... Están sumamente ocupadas las chicas. Sabéis cómo se hace la torta? Con uvas y tocino. Pero qué importa eso... Ved como bullen allá abajo.

En efecto, asomándose á la ventana percibieron un gran movimiento en la cabaña del patrón. Las muchachas, tan pronto con una cosa como con otra, corrían del vestíbulo á los cuartos y viceversa.

—Está eso pronto?—gritó Bielesky.

—Enseguida. Qué? Tanta hambre tienes, *abuelo*?—Y en la cabaña se escuchó el eco de una sonora carcajada.

Ustenka, fresca, regordeta, muy bonita, con las mangas remangadas, entró en el cuarto de Bielesky para poner los platos.

—Estáte quieto!—dijo con voz chillona á Bielesky—á ver si rompo los platos. Tú harías mejor en venir á ayudarnos,—continuó dirigiéndose á Olenín.—Prepara para las muchachas las tortas y bombones.

—Ha venido Marianka?—preguntó Bielesky.

—Sí. Ha traído la masa.

—Sabéis,—dijo Bielesky—que si se la vistiese bien á Ustenka y se la arreglase un poco sería más bonita que nuestras bellas paisanas? Conocéis á la cosaca Borstcheva? Se casó con el coronel Charman. Qué majestuosa se ha puesto!...

—Yo no he visto á Borstcheva,—exclamó la joven;—pero me parece que ningún vestido es mejor que éste, el nacional.

—Yo á todo me avengo,—dijo Bielesky suspirando alegremente.—Voy á ver lo que hacen por allá.

Se puso la bata y salió apresuradamente, diciendo á Olenín:

—Arreglad vos las golosinas.

Este envió al ordenanza á comprar pan de higos y miel; pero, de pronto, le pareció cosa villana darle dinero, cómo si comprase á alguien, y no supo apenas qué responder cuando el sirviente le preguntó cuántos panes de higo y cuánta miel era necesario comprar.

—Lo que te parezca.

—Hasta donde alcance el dinero,—dijo con gravedad el soldado.—La miel es lo más caro, se vende á diez y seis *kopeks* la libra.

—Hasta donde alcance todo el dinero,—repitió Olenín sentado

cerca de la ventana, asombrándose de que su corazón latiese con inusitada violencia como si se preparase á realizar algo muy importante ó alguna acción maivada.

Oyó como en el cuarto donde estaban las muchachas se reía y chillaba en grande, cuando allí entró Bielesky, y algunos momentos después le vió salir y corriendo bajar la escalerilla entre la algarabía y los gritos de las jóvenes.

—Me han echado,—gritaba.

Poco después Ustenka entró en la casa é invitó solemnemente á los dos, diciendo que todo estaba presto.

En efecto, cuando ellos entraron todo se hallaba dispuesto. Ustenka arreglaba los cojines de pluma colocándolos junto á los muros. La mesa, cubierta con pequeñas servilletas, sostenía una jarra de vino y trozos de pescado seco. Por toda la cabaña se extendía el olor de las tortas y de los racimos. Seis muchachas con elegantes trajes y sin cubrir la cabeza con el tradicional pañuelo, apretábanse junto á la chimenea, retozando y riendo con gran regocijo.

—Ruego á todos que hagan los honores debidos á mi mesa,—dijo Bielesky invitando á los convidados á sentarse.

Entre el grupo de jóvenes, que todas, sin excepción, eran bonitas, Olenín distinguió á Marianka. Sentíase inquieto y decidió hacer lo que Bielesky.

Este con cierta solemnidad se aproximó á la mesa, bebió una copa de vino á la salud de Ustenka é invitó á los demás convidados á brindar siguiendo su ejemplo.

Ustenka dijo que ellas no bebían.

—Podremos hacerlo con miel,—dijo una voz en el grupo de las jóvenes.

Se llamó al ordenanza que llegaba de fuera con la miel y los postres. Este contempló la reunión con un si es no es de envidia y desprecio, entregó las chucherías compradas, envueltas en un papel gris y principió á dar la cuenta del dinero invertido.

Pero Bielesky le hizo salir. Después mezcló la miel en una copa de vino y arrojó con cierta ostentación tres libras de pan de higo sobre la mesa. Bielesky sacó á la fuerza á las muchachas de su rincón, las hizo sentarse y comenzó á distribuirles grandes trozos de pan de higo.

Olenín, involuntariamente, reparó que Marianka había cogido dos pedazos de pan de higo y los retenía en su mano pequeña, sin saber qué hacer de ellos.

La conversación, á pesar del libre tono que le daban Ustenka

y Bielesky en su deseo de distraer á la reunión, era desagradable y forzada. Olenín estaba cohibido, buscaba algo qué decir, comprendía que excitaba la curiosidad y que tal vez su retraimiento se comunicase á otros. Se ruborizó y le pareció que todos estaban cortados y sobre todo Marianka.

—Esperan probablemente que les demos dinero,—pensaba.—Si se lo pudiéramos dar pronto y marcharnos!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO